

de su estado, mas no tenía la menor firmeza de carácter. Dominado por las impresiones que recibía, era propenso á exagerarse desmesuradamente las dificultades de cualquiera situación, y de caer en ese estado de abatimiento en que ya el hombre no es dueño de su corazón ni de su cabeza. El general Missiessy, menos entendido pero más sereno, era tan poco susceptible de entusiasmo como de abatimiento. Llamóles á ambos el almirante Decrés, y procuró vencer en ellos el desaliento que se había apoderado, no ya de los marineros y oficiales, los cuales estaban todos llenos de generoso ardimiento, sino de los comandantes de nuestras escuadras, que se exponían á perder en los combates una reputación que estimaban en más que su propia vida. Hizo que el almirante Missiessy aceptase el mando de la escuadra de Rochefort, y el almirante Villeneuve el de la escuadra de Tolón. Uníale á este último una amistad que databa de los primeros años de la infancia; confióle el secreto del emperador, la inmensa operación á que la escuadra de Tolón estaba destinada, é inflamó su imaginación poniéndole en perspectiva una grande empresa que llevar á cabo y grandes honores que alcanzar. ¡Deplorable tentativa de una antigua amistad! Aquella exaltación momentánea iba á trocarse en Villeneuve en un funesto desaliento, y á acarrear los más sangrientos reveses á nuestra marina.

Apresuróse el ministro á escribir al emperador el resultado de sus entrevistas con Villeneuve y el efecto que en este oficial había producido la perspectiva de peligros y de glorias que había puesto ante sus ojos (1).

(1) Citamos la carta del almirante Decrés, porque conviene decir cómo fué nombrado el hombre que perdió la batalla de Trafalgar.

«Señor, escribía el ministro, el vicealmirante Villeneuve y el contraalmirante Missiessy se hallan aquí reunidos.

»He hablado al primero sobre el gran proyecto...

»Me ha escuchado fríamente y ha permanecido en silencio por algunos instantes; después, con una sonrisa muy calma, me ha dicho: Algo semejante á eso me esperaba yo ya, pero los proyectos de esta naturaleza no deben aprobarse hasta después de llevarlos á cabo.

»Me tomo la libertad de trasladar literalmente su respuesta, que no ha salido de una conversación puramente privada, porque ella por sí sola os revelará mejor de lo que pudiera yo hacerlo el efecto que en él ha producido esta insinuación; no perderé cuatro horas, ha añadido, en unirme con el primero; con los otros cinco y los míos juntaré la suficiente fuerza. Es preciso ser afortunado, y para saber hasta qué punto lo soy yo es forzoso arriesgarse.

»Hemos hablado del rumbo, y es de la misma opinión que V. M. No ha tomado en consideración las contingencias adversas sino para manifestarme su serenidad y previsión. Finalmente, nada ha podido amenguar su ardimiento.

»El destino de grande oficial y el nombramiento de vicealmirante han hecho de él otro hombre enteramente nuevo. La idea del peligro desaparece en él ante la esperanza de la gloria, y ha concluido diciéndome con el ademán de una decisión reflexiva y positiva, estoy pronto á todo.

»Así que V. M. se digne manifestarme si tiene alguna nueva orden que comunicarle, se pondrá en camino para Tolón.

»El contraalmirante Missiessy se me muestra más reservado; solicita permanecer ocho días; es hombre de una gran serenidad, pero menos definible. Me han asegurado que sentía no le hubiese confiado V. M. la escuadra del Mediterráneo; lo que verdaderamente le pesa es no ser vicealmirante. Su principal argumento con los de su partido es, que si bien no ha prestado servicios durante la guerra, por lo menos no ha sufrido reveses! Le he dado orden de ir á tomar el mando de la escuadra, y creo que dentro de ocho días se pondrá en camino. Para llegar á su destino empleará unos cinco ó seis.»

(N. del A.)

Napoleón, que tenía un conocimiento profundo de las personas, confiaba muy poco en el hombre que iba á substituir al almirante Latouche-Treville. Meditando siempre sobre su proyecto, le modificó nuevamente, y le dió nuevo ensanche según las circunstancias que habían sobrevenido. Recobraba la escuadra de Brest con la entrada del invierno la libertad de sus movimientos, haciendo que quedase interrumpido el bloqueo; y aunque Ganteaume se había mostrado falto de carácter en 1801, como en varias ocasiones había dado pruebas de gran fidelidad y arrojo, resolvió Napoleón confiarle la parte de más lucimiento y dificultad de su plan. Difirió la expedición para después del 18 brumario (9 de noviembre), época señalada para la ceremonia de la coronación, y resolvió hacer salir á Ganteaume en aquella cruda estación con quince ó diez y ocho mil hombres, destinados á la Irlanda, llevándole después velozmente, así que los hubiera hecho saltar á tierra en algún punto accesible de aquella isla, al canal de la Mancha á proteger el paso de la escuadrilla. Según este nuevo plan, los almirantes Missiessy y Villeneuve quedaban encargados de operaciones muy diversas de las que estaban encomendadas á las escuadras de Tolón y de Rochefort cuando Latouche-Treville tenía su mando. El almirante Villeneuve, partiendo de Tolón, debía dirigirse á América á reconquistar el Surinám y las colonias holandesas de la Guayana. Una división destacada de la escuadra de Villeneuve debía tomar al paso la isla de Santa Elena. El almirante Missiessy tenía orden de dejar un refuerzo de tres ó cuatro mil hombres en nuestras Antillas; y de talar después las Antillas inglesas, cayendo sobre ellas estando casi indefensas. Reuniendo se después los dos almirantes para volver de concierto á Europa, su última instrucción era levantar el bloqueo que sufría la escuadra del Ferrol, y volver á entrar en Rochefort con veinte navíos. Mandábaseles dar á la vela antes que Ganteaume, para que los ingleses, advertidos de su partida, se dirigiesen en su persecución. Quería Napoleón que Villeneuve partiese de Tolón el 12 de octubre, Missiessy de Rochefort el 1.º de noviembre, y Ganteaume de Brest el 22 de diciembre de 1804. Miraba como seguro que los veinte navíos de Villeneuve y de Missiessy distraerían de los mares de Europa treinta navíos enemigos por lo menos, porque atacados de improviso los ingleses en todos puntos, no podían menos de enviar á todas partes socorros, en cuyo caso era probable que el almirante Ganteaume tendría la suficiente libertad de movimiento para ejecutar la operación que le estaba encomendada, y que consistía en presentarse después de haber tocado en Irlanda á vista de Boloña, ya dando la vuelta á la Escocia, ya pasando en derechura de la Irlanda á la Mancha.

Expedidas todas sus órdenes desde el mismo puerto de Boloña, donde á la sazón se hallaba, resolvió Napoleón aprovechar el tiempo que le quedaba hasta el invierno para poner en claro los negocios del continente. Dirigía la conducta de Mr. de Talleyrand por medio de una correspondencia diaria, y le prescribía todos los pasos diplomáticos conducentes á este objeto.

Se recordará sin duda el contexto de la nota irreflexiva del gabinete ruso sobre la violación del territorio germánico, y de la amarga respuesta que á ella dió el gabinete francés. Esta respuesta disgustó mucho al jo-

ven Alejandro, el cual reconoció, aunque demasiado tarde, que su advenimiento al trono le había despojado del derecho de dar lecciones de moral tan sublimes á los demás gobiernos. Sentíase humillado y lleno de temor; su alma era más impetuosa que consistente; arriesgábase de grado de una manera irreflexiva, pero después que advertía el peligro, solía también de grado retroceder. Al vestirse de luto por la muerte del duque de Enghién, lo había hecho sin consultar con sus ministros, y también contra la opinión de algunos de ellos había enviado á Ratisbona la nota de que hicimos mención más arriba; y sin embargo, para hacerle persistir por decoro en sus primeras resoluciones, tenían éstos que emplear los mayores esfuerzos. Las personas sensatas de San Petersburgo, después de disipada la primera emoción, reconocían que en el asunto del duque de Enghién se había procedido con demasiada irreflexión, y culpaban á los jóvenes que gobernaban el imperio, y principalmente al príncipe Czartoryski porque era de nación polaco, y porque despachaba la secretaría de Negocios extranjeros desde que vivía retirado en el campo el canciller Woronzoff. Nada más injusto que esta opinión en cuanto al príncipe Czartoryski, el cual se había opuesto con todos sus medios á los caprichosos ímpetus de la corte, aun cuando desease ahora que se saliera con dignidad del mal paso que se había dado. Por lo tanto, había prescrito al encargado de negocios en París, Mr. d'Oubril, que se quejase por medio de una nota, moderada y enérgica á un mismo tiempo, de la afectación con que el gabinete francés había suscitado ciertos recuerdos; que mostrase disposiciones pacíficas, pero que exigiese una respuesta categórica sobre los tres ó cuatro puntos usuales de las reclamaciones del gobierno ruso, tales como la ocupación de Nápoles, la indemnización siempre demorada del rey del Piamonte, y la ocupación del Hannóver. Tenía orden monsieur d'Oubril de contentarse con una explicación cualquiera, aun cuando fuese puramente especiosa, sobre estos puntos, y de permanecer en París si la conseguía; pero también se le mandaba pedir sus pasaportes si sus insinuaciones eran recibidas con obstinado y desdenoso silencio.

La Prusia, que según el dicho de Napoleón *se agita incansablemente entre los dos gigantes*, informada del estado positivo del gabinete ruso, se lo había participado á Mr. de Talleyrand por medio de su ministro Luchesi, y le había dicho:—Difera usted cuanto pueda el contestar, dé usted después una respuesta con que logre la dignidad de la Rusia una satisfacción aparente, y verá usted cómo se calma esa tempestad del Norte, con la cual se pretende asustar á la Europa.

Llegaron á París estas diversas comunicaciones mientras Napoleón se hallaba en Boloña, y Mr. de Talleyrand recurrió á esa política dilatoria en que tanto le hemos visto sobresalir. Prestóse á ello de grado Napoleón, porque aunque no buscaba ni temía la guerra con el continente, prefería sin embargo terminar sus cuestiones con la Europa por medio de una expedición directa contra Inglaterra, por lo cual continuaba sus operaciones en Boloña, mientras dejaba á Mr. d'Oubril en París en la expectativa. Sin embargo, Mr. de Talleyrand, dando poca importancia á la nota rusa, y siguiendo demasiado literalmente el consejo de la Prusia, ha-

bía creído, con sobrada ligereza, que sería fácil salir del paso con dilaciones; pero Mr. d'Oubril, después de haber esperado todo el mes de agosto, exigió por fin una respuesta definitiva. Importunado Napoleón con las reiteradas demandas de Mr. d'Oubril, y dispuesto por otra parte á explicarse categóricamente con las potencias continentales desde que había vuelto Pitt al ministerio, quería que se le contestase, y él mismo envió el modelo de la nota que se había de pasar á Mr. d'Oubril, aunque Talleyrand, según su costumbre, hizo lo que pudo para atenuar su concepto y suavizar sus expresiones. Mas tal como la entregó, era ya de por sí suficiente para salvar la dignidad del gabinete ruso, desgraciadamente comprometida.

Comparaba en aquella nota las sinrazones de que se culpaba á la Francia con las sinrazones de que se podía culpar á la Rusia. La Rusia, decíase en ella, no debía mantener tropas en Corfú y sin embargo aumentaba cada día su número; debía haber negado todo apoyo á los enemigos de la Francia, y no sólo daba asilo á los emigrados, sino que además les confería cargos públicos en las cortes extranjeras, con lo cual infringía de una manera positiva el último tratado. Además los agentes rusos se mostraban hostiles en todas partes, y semejante estado de cosas excluía toda idea de intimidad y hacía imposible el acuerdo convenido entre los dos gabinetes para el arreglo de los asuntos de Italia y Alemania. La ocupación del Hannóver y de Nápoles se suponía haber sido una consecuencia forzosa de la guerra. Si la Rusia se comprometía á hacer evacuar á los ingleses la isla de Malta, cortando de este modo de raíz la causa de la guerra, al punto quedarían evacuados todos los países que ocupaba la Francia; pero no era ni justo ni conveniente obligar á ésta á hacer sacrificios sin imponérselos iguales á Inglaterra. Si se pretendía intervenir entre las dos potencias beligerantes, y fallar, no sólo sobre la esencia de la contienda sino también sobre los medios empleados para ventilarla, era preciso conducirse como árbitro imparcial é inexorable. La Francia estaba decidida á no aceptar ningún otro medio de transacción. Si se quería la guerra, estaba dispuesta á hacerla, porque á vuelta de todo, las últimas campañas de los rusos en el Occidente no les autorizaban á usar con la Francia de un lenguaje tan altanero como el que parecían querer usar en la actualidad. Cumplía que se supiese que el emperador de los franceses no era el emperador de los turcos ó de los persas. Si por el contrario se deseaba entablar con él relaciones amistosas, también estaba dispuesto á admitirlas, en cuyo caso no se negaría seguramente á hacer cuanto se había prometido, en particular con respecto al rey de Cerdeña; pero en el estado actual en que se hallaban las relaciones, nada se conseguiría de él, porque las amenazas eran para el nuevo emperador el más ineficaz de cuantos medios podían emplearse.

Una nota tan altanera no podía ofrecer pretexto á Mr. d'Oubril para darse por satisfecho; tal era el resultado de las veleidades de su gabinete, que tan pronto quería á propósito de Nápoles y del Hannóver constituirse en juez de los medios de guerra empleados por las potencias beligerantes, como entrometerse en un hecho interior, cual era la muerte del duque de Enghién, exponiéndose á no recibir sino respuestas des-

agradables en todos los puntos que suscitaba. Consultando Mr. d'Oubril con sus instrucciones, creyó deber pedir sus pasaportes; sin embargo, para ser enteramente fiel á ellas, añadió que su salida era una mera interrupción de las relaciones diplomáticas entre las dos cortes, y no una declaración de guerra; que cuando las relaciones no producían ya utilidad ninguna ni armonía de ninguna especie, no había razón para continuar en ellas; que por lo demás la Rusia no pensaba recurrir á las armas, y que el gabinete francés decidiría con su conducta posterior, si debía suceder la guerra á aquella interrupción de relaciones. Mr. d'Oubril salió de París después de hacer esta declaración fría, aunque pacífica, y por consiguiente se despachó á Mr. de Rayneval, que permanecía en San Petersburgo como encargado de negocios, orden de regresar á Francia. Partió Mr. d'Oubril á fines de agosto, y se detuvo algunos días en Maguncia esperando la noticia de la autorización concedida á Mr. de Rayneval.

Era evidente que al tratar la Rusia de demostrar su descontento por la interrupción de sus relaciones con la Francia, tan sólo haría la guerra cuando una nueva coalición europea le ofreciese una ocasión ventajosa para emprenderla. Todo dependía por consiguiente del Austria, según el modo de ver de Napoleón, y por lo tanto la sometió á una prueba muy dura para saber á qué atenerse, antes de entregarse enteramente á sus proyectos marítimos, exigiendo de ella perentoriamente el reconocimiento del título imperial que había tomado, y que el Austria no había enviado todavía. Su proyecto de visitar las orillas del Rhin iba á conducirlo en breve á Aquisgrán; exigió que Mr. de Cobentzel fuese á tributarle su homenaje, y á entregarle sus credenciales á la ciudad misma donde los emperadores germánicos acostumbaban á ceñirse la corona de Carlomagno; y declaró que si no se le complacía en esto, Mr. de Champagny, nombrado ministro de lo Interior en substitución de Mr. Chaptal, promovido al senado, quedaría sin sucesor en Viena, y que una supresión de embajadas entre potencias tan vecinas como la Francia y el Austria, no se llevaría á efecto tan pacíficamente como entre la Francia y la Rusia. Quiso finalmente que se desechase de una manera definitiva la nota rusa, ya desairada en Ratisbona por un aplazamiento, pero sobre cuya suerte sería forzoso decidir de allí á pocos días, declarando que de lo contrario dirigiría á la Dieta una respuesta que su contenido debería producir por resultado inevitable la guerra.

Hecho esto, dejó Napoleón á Boloña, donde acababa de pasar mes y medio, y se encaminó hacia los departamentos del Rhin; pero antes de partir se le proporcionó la ocasión de asistir á un combate de la escuadrilla con la división inglesa. Hallábase el día 26 de agosto (8 fructidor del año XI) á las dos de la tarde en la rada inspeccionando en su canoa la línea acoderada, compuesta, según costumbre, de unas ciento cincuenta ó doscientas naves entre chalupas y peniches. La escuadra inglesa, apostada en alta mar, se componía de dos navíos, dos fragatas, siete corbetas, seis bergantines, dos lugres y un cúter, veinte velas entre todas; y destacándose una corbeta del grueso de la división enemiga, fué á situarse á la extremidad de nuestra línea acoderada, con objeto de observarla y disparar contra ella unas

cuantas andanadas. Entonces el almirante mandó á la primera división de cañoneras, que mandaba el capitán Leray, levar áncoras y dirigirse reunida contra la corbeta, lo cual ejecutó, obligando á ésta á largarse inmediatamente. Al verlo los ingleses, formaron un destacamento compuesto de una fragata, varias corbetas ó bergantines, y el cúter arriba mencionado, para obligar á nuestras cañoneras á replegarse á su vez imposibilitándoles el volver á su posición acostumbrada. El emperador estaba en su canoa con el almirante Bruix, los ministros de Guerra y de Marina, y varios mariscales; se dirigió al centro de las chalupas combatientes, y para estimularlas con su ejemplo, mandó ponerse en derrota contra la fragata que se adelantaba á todo trapo. Sabía que los soldados y marinos, admiradores de su audacia en los encuentros de tierra, tenían curiosidad de saber si cuando llegase el caso mostraría el mismo arrojo en la mar, y quería satisfacerles en este punto, y acostumbrarlos al mismo tiempo á acometer temerariamente á las poderosas naves del enemigo. Mandó, pues, dirigir su canoa lo más cerca posible de la fragata, adelantándose mucho á la línea francesa. Viendo aquélla la canoa imperial completamente empavesada, y sospechando quizá el precioso depósito que contenía, reservó su fuego; el ministro de Marina, alarmado por las consecuencias de semejante bravata, intentó echar la mano al timón para torcer el rumbo; pero un ademán imperioso de Napoleón detuvo la acción del ministro, y la canoa continuó navegando hacia la fragata. Observábala Napoleón con el antejo, cuando disparó de repente una rociada que tenía en reserva, cubriendo con sus proyectiles la nave que conducía á César y su fortuna. No resultó ningún herido, y no recibió la tripulación francesa más injuria que la del agua que salpicaron los proyectiles. Nuestros buques, que habían presenciado aquel accidente, se adelantaron con toda la rapidez posible para sostener el fuego y proteger la canoa del emperador tomándole la delantera. Acometida á su vez la división inglesa con una granizada de balas y de metralla, empezó á retrogradar lentamente; persiguiéronla, pero volvió de nuevo dando una bordada hacia la costa. En este intervalo levó áncoras otra división de chalupas cañoneras, mandada por el capitán Pevrieu, y se dirigió contra el enemigo; y maltratada en breve la fragata, sin poder gobernar apenas, se vió en la precisión de engolfarse; las corbetas siguieron aquel movimiento de retirada, muy averiadas algunas, y el cúter quedó tan acribillado que se le vió ir á pique.

Dejó Napoleón á Boloña lleno de satisfacción por el combate que había presenciado, y principalmente por los informes secretos que recibió de la costa de Inglaterra, en que se le daban los más satisfactorios pormenores sobre el efecto material y moral que había producido aquel encuentro. Toda nuestra pérdida fué de un muerto y siete heridos, uno de éstos mortalmente. Los ingleses, según los informes dirigidos á Napoleón, habían sufrido una pérdida de doce ó quince muertos y sesenta heridos: sus naves también habían padecido mucho. Los oficiales ingleses habían quedado admirados del comportamiento de nuestras navicillas, y de la vivacidad y precisión de sus descargas. Era evidente que si por una parte debían temer nuestras chalupas á sus navíos por causa de su volumen, por otra parte podían

oponerles una multiplicidad de fuegos formidable (1).

Atravesó Napoleón la Bélgica, visitó á Mons y á Valenciennes, y llegó el 3 de septiembre á Aquisgrán. La emperatriz, que había ido á tomar las aguas de Plombières, mientras Napoleón permanecía en la costa del Océano, se dirigió á su encuentro para asistir á las funciones que en las provincias rinianas se habían dispuesto; allí estaban también Mr. de Talleyrand y muchos grandes dignatarios y ministros. Mr. de Cobentzel fué puntual á la cita que se le había dado. El emperador Francisco, conociendo los perjuicios que podrían resultar de mayores dilaciones, acababa de tomar el día 10 de agosto, con solemne ceremonia, el título imperial perteneciente á su casa, calificándose de emperador electo de Alemania, emperador hereditario de Austria, rey de Bohemia y de Hungría, archiduque de Austria, duque de la Estiria, etc.; y en seguida había dado orden á Mr. de Cobentzel de pasar á Aquisgrán para entregar sus credenciales al emperador Napoleón. A este paso, más significativo aún por el lugar donde se daba, agregábase la protesta formal, y sincera en la actualidad, de querer vivir en paz con Francia, y la promesa de no hacer caso ninguno de la nota rusa en Ratisbona, como deseaba Napoleón. Esta nota, en efecto, acababa de reducirse á la nada por medio de un aplazamiento indefinido.

El emperador de los franceses hizo á Mr. de Cobentzel el más cumplido recibimiento, y correspondió á sus declaraciones con las más tranquilizadoras protestas. Presentáronse con el enviado austriaco el caballero de Souza, que llevaba el reconocimiento del Portugal, el bailío de Fereta, que llevaba el de la orden de Malta, y una multitud de ministros extranjeros que, conociendo cuán grata podría ser su presencia en Aquisgrán, se apresuraron á pedir permiso para tributar allí sus lisonjas. Fueron recibidos con todo miramiento, y con toda la afabilidad y agasajo que acostumbra los soberanos adulados y satisfechos. Esta reunión fué en sumo grado espléndida y lucida por la concurrencia de extranjeros y franceses, por el lujo que se desplegó en ella y por la pompa militar de que se hizo alarde. Suscitáronse allí recuerdos de Carlomagno con mal disimulada intención; bajó el emperador al panteón donde estuvo sepultado aquel grande hombre de la Edad Media, examinó prolijamente sus reliquias, y dejó al clero magníficas prendas de su munificencia. Así que acabaron aquellas fiestas, volvió á sus graves ocupaciones, y recorrió todo el territorio que se extiende entre el Mosa y Rhin, Juliers, Wello, Colonia y Coblenza, inspeccionando á un mismo tiempo los caminos y las fortificaciones, rectificando por todas partes los proyectos de sus ingenieros con aquel ojo perspicaz y aquella experiencia profunda que solo él tenía, y ordenó los nuevos trabajos que debían hacer invencible aquella parte de las fronteras del Rhin.

(1) Escribía Napoleón al mariscal Soult:

Aquisgrán, 8 de septiembre de 1804.

El pequeño combate que he presenciado la víspera de mi salida de Boloña ha producido en Inglaterra una sensación inmensa, una verdadera alarma. Usted verá pormenores sobre este asunto, traducidos de las gacetas sumamente curiosos. Los obuses que van á bordo de las cañoneras han producido excelente resultado. Según las noticias particulares que yo he recibido, el enemigo ha sufrido una pérdida de sesenta heridos y de doce á quince muertos, la fragata ha salido muy maltratada. (Archivo de la secretaría de Estado.)

(N. del A.)

En Maguncia, adonde llegó á fines de septiembre (principio del año XIII), le esperaba un recibimiento igualmente pomposo. Reuniéronse allí personalmente, para tributarle sus homenajes y felicitaciones, todos los príncipes de Alemania de los Estados vecinos, interesados en granjearse su amistad. El príncipe archicanciller, que debía á la Francia la conservación de su título y de su opulencia, quiso tributar homenaje á Napoleón en Maguncia, por ser su antigua capital. Presentáronse juntamente con él dos príncipes de la casa de Hesse, el duque y duquesa de Baviera, y el respetable elector de Baden, que era el más avanzado en años de todos los príncipes de Europa, y al cual acompañaron su hijo y su nieto. Estos personajes, y otros que en Maguncia se sucedieron, fueron recibidos con una magnificencia muy superior á la que hubieran podido hallar en la misma Viena. Todos estaban admirados de la prontitud con que el capitán coronado había tomado las maneras de soberano, lo cual consistía en que estaba acostumbrado desde muy temprano á mandar hombres, debiéndolo, no á un vano título, sino á su carácter, á su genio y á su espada; aprendizaje, por lo que hace al mando, muy superior al que se recibe en los palacios.

Renováronse en Maguncia, á vista de los franceses y alemanes que habían acudido á presenciar más de cerca el espectáculo que excitaba á la sazón la curiosidad de la Europa entera, los mismos regocijos que se habían celebrado en Aquisgrán, y Napoleón convidó á las funciones de su coronación á la mayor parte de los príncipes que habían ido á visitarle. En medio de aquel tumulto, substraéndose todas las mañanas á las vanidades del trono, recorría las riberas del Rhin, examinaba en todas sus partes la plaza de Maguncia, que consideraba como la más importante del continente, no tanto por sus fortificaciones como por su posición á la orilla del gran río en cuya línea está luchando la Europa contra la Francia hace diez siglos, y disponía las obras que debían darle todo el predominio de que es susceptible. El aspecto de esta plaza le inspiró la idea de una precaución de utilidad suma, y que á nadie se le hubiera ocurrido á no haberse él hallado en aquel punto. Los últimos tratados exigían la demolición de los fuertes de Cassel y de Kehl. Forma el primero la salida de Maguncia y el segundo el desembocadero de Strasburgo, en la ribera derecha del Rhin. Estas dos plazas perdían todo su valor sin aquellas dos cabezas de puente, que eran para ellas á un mismo tiempo un medio de defensa y un medio para pasar á la otra orilla. Mandó hacer acopio de maderas, materiales de toda especie, necesarios para emprender trabajos repentinos, y quince mil picos y azadones, para poder transportar en veinticuatro horas ocho ó diez mil trabajadores al otro lado del río, y volver á levantar las obras destruidas. Sólo la falta de útiles, escribía á los ingenieros, puede hacernos perder ocho días. Levantó todos los planos, y mandó que á la primera orden telegráfica empezasen inmediatamente los trabajos.

Después de haberse detenido en Maguncia y en los nuevos departamentos lo necesario para realizar sus proyectos, volvió Napoleón á París; visitó de pasada el Luxemburgo, y llegó á Saint-Cloud el 12 de octubre de 1804 (20 vendimiario del año XIII).

Lisonjeóle un momento la idea de ofrecer á la Fran-